

AMISTOSA TRÍADA: VALÉRY LARBAUD, ENRIQUE DÍEZ-CANEDO,
ALFONSO REYES

PAULETTE PATOUT
Université de Toulouse

En este año 1989, en que se celebra el Centenario del nacimiento de Alfonso Reyes en Monterrey, parece conveniente evocar la triple amistad que le unió con Enrique Díez-Canedo y Valéry Larbaud. Existen algunos —pocos— ejemplos de amistad fiel y sólida entre dos escritores o artistas, pero el caso de una amistad triangular sin nube es bastante insólita para merecer el análisis —sobre todo cuando se trata de creadores de talla humana y literaria excepcional.

Pertenecían a la misma generación, Larbaud y Díez-Canedo, prácticamente de la misma edad, nacidos en 1878 y 1879, siendo Reyes el menor de unos diez años. Los medios sociales, con ser profundamente diferentes, holgados y relativamente comparables. Pero, ¡surgieron en horizontes tan distintos! Larbaud venía de Vichy, en este «corazón fresco de Francia» que él sabrá cantar con la elegancia clásica de *Allen*.¹ En aquellos últimos años del XIX, triunfa la influencia francesa en el mundo. Pero Francia se dejaba adorar sin corresponder con una atención semejante. El francés no sabía ni quería viajar, poco interesado por lo que pasaba fuera de sus fronteras. Se pudo hablar de «las murallas chinas» de la cultura francesa. Díez-Canedo y Reyes hablaban sin duda el mismo idioma; pero uno era español, otro mexicano, en los tiempos en que España, mortificada por el fracaso reciente, se replegaba en sí misma, hasta alejarse y fingir ignorar a sus excolonias. Por otro lado, Alfonso Reyes se hace paradójicamente el propagandista de los libros franceses y españoles, en los años precisos en que estas influencias disminuyen en México: su país, ya adulto, se está liberando de las

1. LARBAUD, *Oeuvres*, Gallimard, Col. Pléiade.

dos presencias, española y luego francesa, que han invadido su cielo durante siglos.²

En circunstancias al primer parecer tan poco favorables, ¿cómo se explican los sentimientos de viva estima, confianza y respeto que les unieron, y que supieron conservar, hasta la muerte, exentos de cualquier asomo de envidia, parcialidad o rivalidad? A pesar de todas las diferencias innatas, ¿en qué simpatías y común sensibilidad se tejieron tan estrechamente estos lazos triangulares?

Los dos primeros en conocerse fueron Larbaud y Díez-Canedo. Terminados sus estudios de derecho, éste se dirigía más bien hacia una carrera literaria. Ya había publicado varios tomos de versos bastante notables, y una traducción de poemas extranjeros, lo que indicaba un talento precoz, abierto simultáneamente a varias culturas. A los 26 años, entró como crítico de poesía en la revista *La Lectura* y, en 1909, puede realizar por fin el inevitable y tan soñado viaje a París. En nuestra capital, vivió dos años, frecuentando los núcleos de artistas y escritores en que abundaban los españoles. En París, en noviembre de 1910, publica su tomo de *Imágenes*. Firma contratos con Ollendorff, la menos importante de las tres editoriales francesas especializadas en obras hispánicas, para varias traducciones. (En la misma casa, el mismo año, desde México, Alfonso Reyes publica sus *Cuestiones estéticas*. Pero, no nos anticipemos.³ También penetra el joven español en el *sancta sanctorum* del *Mercure de France*, institucional, pero que se está entreabriendo a las letras hispánicas con unas crónicas de Enrique Gómez Carrillo. El prestigioso guatemalteco mentaba el nombre de Díez-Canedo, entre los de Juan Ramón Jiménez, Eduardo Marquina y Gabriel Miró, y le felicitaba por su «amable diletantismo» (¿Era ya una traducción del vocablo «amateur», más tarde puesto de moda por Valéry Larbaud?) También visitó a la reciente *NRF*, la cual representaba, con Gide y otros, el acceso al gran público letrado, de una nueva generación y de un espíritu renovado. En estas dos redacciones, hubiera podido topar a Larbaud. Pero, aunque relacionado con Gide y los de la *Nouvelle Revue française*, pasó poco tiempo en París en estos dos años 1909 y 1910. Larbaud era heredero de una gran fortuna, hijo del boticario que había descubierto las virtudes hepáticas de las aguas de Vichy. Le pertenecía el importante surtidor de Saint-Yorre; en aquellos tiempos de opíparas comidas, sacaba mucha renta de la explotación de ese manantial y de la venta del agua embotellada. Pero a don Valerio no le importaba el comercio. De compleción delicada, terminaba tarde una licenciatura de letras en la Sorbona mientras vivía en Montpellier, noble metrópoli del sur de Francia donde encontraba un clima ti-

2. V. Paulette PATOUT, *Alfonso Reyes et la France, 1880-1959*, (Les rapports de cet écrivain et diplomate mexicain avec la France et les Français, au Mexique, et au cours de ses différents séjours en France, en Espagne, en Argentine et au Brésil). París, Klincksieck, 1978.

3. V. Jean François BOTREL, *La Sociedad de Ediciones literarias y artísticas, librería Paul Ollendorff*. Talence: Institut d'Etudes Ibériques et ibéro-américaines, 1970.

bio y, al mismo tiempo, escapaba a la férula de su terrible madre.⁴ Luego, pasó a Inglaterra, en busca de recuerdos y documentos sobre Walter Savage Landor, escritor inglés, tema escogido para su futura tesis de doctorado. Se carteaba con los de la *NRF*, y en el número de octubre de 1909, publicaron la hermosa novela corta, *Dolly* que acababa de escribir en la melancólica provincia inglesa. Díez-Canedo, pues, no conoció entonces a Larbaud, pero sí decidió traducir sus páginas. *Dolly* era la historia de una niña enferma, casi abandonada en hoteles de lujo por su madre, una actriz célebre.⁵ Con sobria sencillez, clásica y nueva, Larbaud describe el contraste entre el esplendor vacío del palacio —recuerdos de infancia en Vichy, quizá— y la soledad de la niña. Más tarde, *Dolly* se incluirá en el emocionante volumen de las *Enfantines*. Animado por la publicación de *Dolly* en la revista, su autor puso fin a una *Enfantine* más desarrollada, que llegó a alcanzar el tamaño de una novela, su famosa y adorable *Fermina Márquez*, la cual empezó a leerse en la *NRF* en el número de marzo de 1910.⁶ Esta novela, más que un éxito, obtuvo un triunfo, un concierto de elogios entre los amigos de Larbaud y los lectores de la revista. En sus páginas, Larbaud evocaba caros recuerdos de infancia, los años pasados en un colegio de Fontenay-aux-Roses, en los alrededores de París, algo internacional porque los alumnos venían de familias pudientes francesas y extranjeras. Predominaban los estudiantes de lengua española, casi todos americanos. Un año pasado en un pensionado francés, ¿no era entonces una etapa obligatoria en la educación de un joven americano distinguido? La novela se estructuraba alrededor de un flamante protagonista mexicano, oriundo de Monterrey, inspirado indirecta pero probablemente por la amistad que trabara Larbaud con un secretario de la legación mexicana en París. Pasaban por las páginas las siluetas elegantes de Fermina Márquez, muchacha colombiana que venía a ser el ídolo de todo el pensionado, y de su tía, Mamá Doloré, recuerdo de unos amores más recientes de Larbaud con una hispanoamericana. Como otros muchos, Díez-Canedo se entusiasmó por la obra: sabía unir «novedad y tradición»; sin ningún amaneramiento, Larbaud pintaba «aquella sazón primera del alma adolescente... antes de que el contacto de otros seres moldeados ya por la vida los desvíe...»⁷ Sencillez, tacto, delicadeza, las cualidades preferidas de don Enrique. Y por primera vez en las letras francesas, se hablaba con respeto y consideración de los latinoamericanos, observándolos con simpatía, penetrando en su psicología. Díez-Canedo se

4. V. Jean AUBRY, *Valéry Larbaud, Sa vie et son oeuvre*, Monaco, ed. du Rocher, 1949. Desgraciadamente existe sólo el primer tomo: «La jeunesse, 1881-1920». V. también las notas biográficas y bibliográficas que contiene el volumen, ya citado, de la Pléiade.

5. En LARBAUD, *La Pléiade*.

6. *Id.*, pp. 307-394.

7. Enrique DÍEZ-CANEDO, Prólogo a su traducción de *Fermina Márquez*, Madrid: Calpe, Col. Contemporánea, s.d.

sentía cada día más atraído por América latina, y *Fermina Márquez* fortaleció esta propensión.

Mientras tanto, regresó a España donde enseñó historia del arte y francés en varios centros madrileños. Simultáneamente, seguía con sus actividades de traductor y poeta. En 1914, a los 35 años, era una voz escuchada en el Madrid literario.⁸

Huyendo del drama familiar y de la maldición de la venganza, llegó Alfonso Reyes a París, en 1913, como Segundo Secretario de la legación mexicana. Antes de la guerra europea, apenas tuvo tiempo de entrar en contacto con algunos escritores —entre ellos, Jean-Aubry, el futuro biógrafo de Larbaud— y darse cuenta de la importancia de la renovación que representaba la *NRF*.⁹ No conoció personalmente a Larbaud, el cual seguía viajando entre Inglaterra y Montpellier, pero leía sus artículos en la revista: Larbaud aparecía aquí como el especialista de las letras inglesas, para las cuales Reyes experimentaba la misma inclinación muy autorizada.

Cuando la guerra, resistió algunos meses en París. Luego, excluido de su cargo diplomático por Carranza, sin dinero para volver a México, sin recursos posibles en un país en guerra, decidió pasar a España: «¡Rumbo al Sur!». Confiando su esposa e hijo a su hermano en San Sebastián, llegó a Madrid con su compatriota, el pintor Ángel Zárraga. Después de pasar varios años en Europa, éste navegaba entre París y Madrid, con bastantes amigos ya en las dos capitales. La misma noche de su llegada, se fue con Alfonso Reyes a una casa amiga, la de Díez-Canedo. La simpatía nació inmediatamente entre Enrique y Alfonso. Éste se dio cuenta en seguida de que había encontrado una familia. Ciertamente en el trato llano de los españoles, hasta los intelectuales más sobresalientes, halló Alfonso Reyes una confortación que nunca había percibido en su trato con los franceses.

Enrique y Alfonso se juntaron entre las filas de los aliadófilos, que militaban a favor de la causa francesa, y desde la atalaya de Madrid, gracias a una frontera siempre entreabierta, observaban los acontecimientos del conflicto y las transformaciones del gusto y de las letras galas, más rápidas debido a las circunstancias. Por sabia y digna discreción, Alfonso no se metió nunca en la política del país que le acogía, mas Enrique no hacía misterio de sus ideas de progreso. Los dos frecuentaban al mismo tiempo el Ateneo dirigido por Manuel Azaña, amigo común. Pero, no sólo eso. En unas líneas conmovedoras, más tarde, después de la muerte de su amiga, don Alfonso dirá lo que fue para él la amistad de Díez-Canedo, en los primeros años, tan difíciles, de Madrid: «Me ofreció el mejor placer que se puede hacer a un desterrado: con paciencia me

8. Contestación de T. Navarro Tomás al *Discurso leído por Díez-Canedo en el acto de su recepción académica* el día 1º de dic. de 1935. Madrid: Archivos, 1935.

9. V. Paulette PATOUT, *O.C.*

escuchaba durante horas hablar de mi país y de los amigos que había dejado allá».¹⁰ Cosa increíble, en nuestros días, cuando las letras latinoamericanas han adquirido tanta importancia, por todas partes, y especialmente en las editoriales y librerías españolas..., Díez-Canedo seguía siendo el único escritor en Madrid interesado por las cosas de América. Ni Unamuno, ni Azorín, ni Ortega antes de 1916, ni, menos, Pío Baroja... Tan pudoroso como el mexicano Alfonso, Enrique no se decidió fácilmente a hablar de su amistad con Reyes, en sus libros o artículos: retratar a su *alter ego*, ¿no era como alabarse a sí mismo? Solamente después de unos años, aprovechará la ausencia provisional de Reyes para escribir un sustancial artículo analizando su carácter y su obra. Aludió entonces a esta «amistad de todos los días anudada desde que la vida le trajo a Madrid».¹¹ En don Alfonso apreciaba al erudito, al hombre de vasta lectura, al ensayista experimentado, al narrador refinadísimo, al prosista muy variado, capaz de muchos compases, solemnes o rápidos. Alfonso Reyes sabía hablar con dignidad del propio sufrimiento, sin vana ostentación: lo que hubiera detestado don Enrique.

Sin perder tiempo, Enrique Díez-Canedo introdujo a Reyes en la editorial La Lectura donde, como mexicano, fue encargado de la edición comentada de las obras de su compatriota Ruiz de Alarcón. Para cumplir con estos estudios, que necesitaban la más seria erudición, Alfonso se puso a frecuentar la Biblioteca Nacional, en cuya planta baja funcionaba el monacal Centro de Estudios Históricos dirigido por el gran Ramón Menéndez Pidal. Así, Reyes entró en contacto con los investigadores de este Centro, Américo Castro, Solalinde, Tomás Navarro Tomás, Ortega y Gasset: a poco, ingresó en su equipo. Todos eran amigos de Díez-Canedo, quien escribía también en el semanario *España*, que acababa de fundar Ortega. Don Alfonso se integró rápidamente en este grupo. Así, ayudado directa e indirectamente por Díez-Canedo, se instaló Reyes en Madrid, logrando vivir y mantener a su familia con el único socorro de su pluma: «los cinco primeros años de Madrid, días libérrimos... en que la independencia era contrapeso de mi penuria», diría él más tarde, «evocando a aquellos buenos amigos que compartieron conmigo el humilde pan del escritor».¹² Los dos amigos eran inseparables, aunque no se tutearon nunca. Se paseaban por Madrid, en busca de buenos libros viejos, fieles a las tertulias literarias que hacían el encanto de esta vida «atениense». Con Reyes, siempre perseguido por la idea de fundar el órgano ideal, Díez-Canedo inventaba colecciones y revistas. Se leían mutuamente sus escritos, y en los ensayos de Reyes de la época, asoman no po-

10. V. I. Bárbara APONTE, *Alfonso Reyes and Spain*, (His Dialogue with Unamuno, Valle-Inclán, Ortega y Gasset, Jiménez and Gómez de la Serna). Desgraciadamente, B. Aponte no reproduce el epistolario Reyes-Canedo, el más interesante, que figuraba en su tesis dactilografiada, depositada en la *Capilla Alfonsina* de Reyes, en México.

11. DíEZ-CANEDO, «Las Huellas de Alfonso Reyes», *España*, 10.3.1923, en *Páginas sobre Reyes*, I, Monterrey, 1955, p. 33.

12. REYES, *Marginalia*, I. México, Tezontle, 1952, p. 27.

cas alusiones a estos intercambios de ideas y a estas prelecturas. Bajo un aspecto tranquilo, Díez-Canedo escondía un temperamento más batallador, y podía quebrantar violentamente obra o vida, como lo hizo con Georges Ohnet o Rémy de Gourmont. Reyes lo defendía siempre con ardor, y hasta cesó de frecuentar la tertulia del Pombo de Ramón Gómez de la Serna, porque éste había dicho «Horrores del buen Canedo». Enrique era creyente, de un catolicismo progresista, profesaba una admiración sin límite por el violento e insoportable León Bloy. Por su parte Reyes, aunque se negó a toda educación religiosa, sin embargo, estaba obsesionado por el problema metafísico. Su traducción de *Orthodoxy* de Chesterton, en aquellos años, atestigua su inquietud. Unas líneas en la *Carta a dos amigos* y en sus cartas posteriores a su amigo preferido revelan sobriamente su ansia de la fe, su inquietud ante la muerte, y las conversaciones a este respecto que compartieron en Madrid.¹³ Pero estos temas tan graves no frenaban entre los dos una gran propensión al humorismo, a la burla. Gustaban de los acertijos, de los versos de circunstancias, de los *canulars*, en el estilo de los *Copains* de Jules Ruminans.

Cuando la guerra, Larbaud había querido alistarse, lo que no le fue posible, dado su mala salud. Después de intentar vanamente colaborar en el Hospital de Vichy como enfermero, a fines de 1915, decidió pasar a España, como corresponsal del diario *Figaro*. Ya conocía un poco este país que había visitado rápidamente en 1891 y con más tiempo en 1898, en compañía de su pesada madre. Más agradablemente, había permanecido algunas semanas en Valencia y Madrid en 1906, con una bailarina del Capitole de Toulouse, la tierna Inga. En 1908 y 1909, desde Sète y Montpellier, había hecho algunas incursiones en Cataluña, pasando algunos días en Barcelona. En 1916, se quedó una semana en esta ciudad, luego se fue a Málaga y Sevilla, que le pareció tristonca. Visitó algo de Madrid, antes de volver a Francia por Barcelona. En septiembre, regresa y se detiene en la luz alicantina: en estos colores mediterráneos, va a residir varios años, empapándose de este ambiente ocioso deliciosamente provincial, «español en España», en fin. Por el *Diario* que escribe en Alicante (escribe en inglés, ¡oh cosmopolita!) sabemos que compró en una librería, entre otras novedades, la traducción de *Orthodoxy* de Chesterton: el nombre del traductor, Alfonso Reyes, no le es desconocido. Por cierto, habrá leído varios artículos firmados por él en la prensa madrileña y en revistas cultas que Larbaud lee asiduamente. Chesterton era, además, uno de sus autores predilectos, le había visitado en Inglaterra y con Claudel, había empezado a traducirlo. En su *Diario*, dice Larbaud del libro traducido por Reyes: «Era tan linda edición que no pude evitar comprar un ejemplar. Así leí otra vez, volviendo en el tranvía, algunos capítulos de mis antiguos amores. Esto me gusta mucho todavía...» Linda evocación la de

13. REYES, «Carta a dos amigos» (Díez-Canedo y Genaro Estrada), *Reloj de SOL*, 5ª serie de *Simpatías y diferencias*; O.C. de Reyes, Fondo de Cultura, t. IV, p. 475.

Larbaud, devorando en un tranvía de Alicante la novela de Chesterton traducida por Reyes...¹⁴ Larbaud, nacido en una severa familia protestante, se había convertido al catolicismo en oposición con su familia. Poco tiempo después, lee el ensayo dedicado por Díez-Canedo a León Bloy, a quien él admira mucho, también. En su fervor de católico reciente, quedan asociados la traducción de Reyes y el artículo necrológico de Díez-Canedo...

En estos días, en su *Diario*, siempre en inglés, redacta unas once páginas «una clase de ensayo», conjunto de impresiones personales sobre España, titulada: «España, 1898-1918».¹⁵ Es la fuente, el origen del texto magnífico, poemático, que publicará años después con el título: «Rouge, jaune, rouge». Estas líneas figuran innegablemente entre las más bellas que dedicó el XX francés a España. La «recapitulación» del *Diario* de 1918 nos parece del todo interesante. Aunque vio los momentos difíciles que vivió España en 1906, con la vuelta de los soldados heridos después de las batallas de las Filipinas, Larbaud ve siempre a España como la madre o «la abuela» de América. Hay, dice, una energía propia de «la raza» española, fuerza que produjo ciudades como Buenos Aires o Montevideo, o Barcelona. La capital catalana le parece «la mayor, la más moderna de todas las ciudades del Mediterráneo. Mayor y más moderna que Marsella, Génova y aun Nápoles... Barcelona es el porvenir de España». En este 1918, España es para él «el mayor de los pocos países europeos que sobreviven intactos en el eclipse casi general de la civilización europea». España aseguraba la sobrevivencia de la historia europea, cuando han desaparecido provisionalmente las naciones mayores. «Entre las glorias de la España de entonces, al lado de Ramón y Cajal, Gabriel Miró, Ramón Gómez de la Serna, se lee el nombre de Díez-Canedo, sin embargo con este paréntesis» (como crítico, al menos hasta ahora sin saber si es esto una restricción, que se hubiera referido a su poesía; o, más bien, una alusión a una actividad todavía probada de Díez-Canedo: es fácil pensar entonces que existía ya el proyecto de la traducción de *Fermina Márquez* por Canedo. El 10 de febrero, recibiendo los cinco primeros ejemplares de sus *Enfantines*, manda en seguida uno de ellos a Gabriel Miró, autor admirado, y otro a Díez-Canedo, en homenaje al traductor de *Dolly*.

En fin, entre el 11 de mayo y el 11 de junio de 1918, Larbaud se escapa de Alicante y viene a Madrid. Lo esencial de su tiempo, lo pasa en la Biblioteca Nacional, pero también le encanta encontrarse en el Pombo con Ramón, charlar con Ricardo Baeza y, naturalmente, con Díez-Canedo. Parece que no conoció entonces a Reyes, pero, por lo menos leyó, y conservó el recorte del ensayo erudito que éste publicó por estos días en *El Sol*, «Un desliz de Croce», porque más tarde desarrollará el escritor francés el mismo tema en «Le doigt dand l'oeil», una página de su *Sous l'invocation de Saint Jérôme*, el libro que dedicará al arte

14. LARBAUD, *Journal inédit, O.C.*, Gallimard, t. IX, p. 110.

15. *Id.*, pp. 206-228. Texto en inglés, con traducción francesa de Robert Mallet.

del escritor y del traductor.¹⁶ En este mismo ensayo, Reyes expresaba su gran admiración por Claudel, como poeta, dramaturgo y hasta diplomático activo: elogios que hubiera podido firmar el mismo Larbaud, gran admirador y amigo del poeta católico francés; Díez-Canedo, por su parte había expresado también su gran consideración por este poeta, lamentándose que una nación católica como la española no pudiera producir poetas católicos comparables con Péguy o Claudel... Incluso antes de conocerse, los tres escritores tenían tantas cosas en común...

En septiembre del mismo 1918, volvió otra vez Larbaud a Madrid. Pero esta vez, venía con su madre y vio a pocos escritores. La única excepción fue Díez-Canedo, lo que nos autoriza a pensar que la traducción de *Fermina* estaba ya en marcha.

Quedóse algún tiempo en Alicante Larbaud, después del armisticio, hasta junio de 1919. Mientras tanto, se elaboraba la traducción de *Fermina*. Se publicó en 1921, en la Colección contemporánea de Calpe, y ¡qué Colección! Contenía, entre otros, la *Anthinéa* de Maurras, *La colina inspirada* y *Los desarraigados* de Barrès, *Por el camino de Swann*, de Marcel Proust, y *A la sombra de las muchachas en flor*, en la traducción de Pedro Salinas; *El jardín de los cerezos*, de Chejov, *La muerte en Venecia*, de Tomás Mann... Dos hojas encabezando la obra la situaban entre las otras de Larbaud, del mismo estilo que las *Enfantines*, pero en fuerte contraste con el irónico *Barnabooth*. En realidad, entre éstas otras existía una unidad profunda. Su riqueza hacía del multimillonario chileno un eterno adolescente. Las novelas de Larbaud eran «de una poesía que pudiéramos llamar praxiteliana: no es pureza frágil, sino fuerza y ritmo». De la traducción maravillosa que hizo Díez-Canedo de *Fermina* —sugiriendo además a Larbaud el acento sobre *Márquez*, detalle que no se le había ocurrido a este autodidacta, y que le encantó, «hispanizando» felizmente a su heroína— data verdaderamente la fama inmensa de que gozó este escritor francés en España y en América latina. También contribuyen sus diferentes artículos sobre las letras españolas o americanas. En París, vino a ser considerado como el mejor propagandista de los escritores de habla hispánica, especialmente del Nuevo Mundo. Desde América, muchísimos le escribían, se confiaban a él. Para los que llegaban a París, la «visita a Larbaud» se hizo tradicional y obligatoria, como lo había sido «la visita a Gourmont» en otros tiempos. La Biblioteca larbaudiana se llenó de cuantas revistas, y libros se publicaban en América o en Europa de literatura hispana. La riqueza del Fondo Larbaud de Vichy es inmensa. Aquí se hallan libros y revistas que no existen en ningún país europeo, y a veces resultan de más fácil acceso en Vichy que en la misma América... Para ilustrar esta omnipresencia de Larbaud al lado de los americanos, contaremos la anécdota de Ricardo Güiraldes. Andaba algo perdido en París, buscando quien le aconsejara en sus prime-

16. LARBAUD, *Sous l'invocation de Saint-Jérôme*, Paris, Gallimard, p. 130.

ras novelas. Jules Romains le dirigió Larbaud, el cual le encaminó hacia el famoso *Don Segundo Sombra*! ¡Larbaud más al tanto de las letras americanas que los mismos españoles! ¡Larbaud presentando Güiraldes a Díez-Canedo!

En 1920, Alfonso Reyes se había reintegrado a la función diplomática, como encargado de negocios en Madrid, antes de la restauración de la embajada. Mientras tanto, siguiendo su fraternal amistad con Canedo, fundó con él la revista *Índice* y la Colección Cuadernos literarios. Díez-Canedo seguía siendo para Larbaud el mejor humanista español, el amigo más asequible de Tras-los-Montes. A la joven Mathilde Pomés, primera mujer «agregée de l'université» en español, que deseaba ir a Madrid y establecer contactos con los intelectuales españoles, le dio una carta de recomendación para Canedo. La francesa fue acogida en seguida en el mismo hogar de los Canedo. En esta casa, conoció a Alfonso y a Manuela Reyes; de aquí nació una amistad de las más vivas y fieles.

En 1921, vino Díez-Canedo a París por el Carnaval. Ignoramos si se pudo entrevistar con Larbaud, pero encontramos en Vichy una carta muy bella, escrita en el mismo impecable francés, en que el escritor español pintaba su intensa actividad. Después de traducir a Montaigne y Jules Renard, ponía la última mano a la traducción de *Fermina*, mientras que su traducción de *La porte étroite* de Gide estaba en la imprenta, y que acababa de publicarse su versión de *L'Angelus* de Francis Jammes. Sigue un comentario muy admirativo del *Cimetière marin*, de Paul Valéry, gran amigo de Larbaud. Estos versos, decía Díez-Canedo, tienen la calidad de los versos gongorinos. Se desprende de esta carta una nota de amistad respetuosa y afectuosa. En 1923, Alfonso Reyes pasó algunos días en París, llamado por el venezolano Zérega-Fombona a inaugurar el «Cours sur l'Amérique latine» que se organizaba cada año en un Colegio Libre, llamado «de las Ciencias Sociales», en frente de la misma Sorbona. Intentó ver a Larbaud, le buscó hasta en la Librería de Adrienne Monnier y, finalmente, se resolvió a escribirle, apoyándose en su mutua amistad por Díez-Canedo: «Yo soy, por antonomasia, el amigo de Díez-Canedo». Con esta carta, del 4 de marzo de 1923, se abren las relaciones amistosas y el epistolario de Reyes y Larbaud.¹⁷ Poco después, Larbaud fue a España para dar algunas conferencias en el Instituto Francés: el siete de abril estaba en Madrid, el 15 habló en Barcelona.¹⁸ Entonces Larbaud y Reyes se conocieron, con Díez-Canedo pudieron apreciarse. El tono de la carta que manda Larbaud a Reyes, el 23 de junio, prueba el grado de simpatía y admiración recíproca a que habían accedido inmediatamente. Con

17. V. Paulette, PATOUT, *Valéry Larbaud, Alfonso Reyes, Correspondance, 1923-1952*, con avant-propos de Marcel Bataillon, Introduction et notes de P. Patout. Didier: 1972. La edición de 1979, Klincksieck, se completa con la traducción francesa de las cartas escritas en español.

18. Anne POYLO, «Comment l'Espagne a-t-elle aimé Larbaud?», *Colloque V. Larbaud et la littérature de son temps*, Klincksieck, París, 1978, y, de la misma autora, «Valéry Larbaud, amateur comparatiste de l'Espagne», *Colloque Larbaud, Vichy 1972*, París: Nizet, 1975.

ocasión de dedicarle *Los dos caminos*, Reyes dirigió a don Valerio una carta larga, inolvidable, de las más bellas y patéticas páginas escritas por él. Exponía aquí sus complejos de americano transplantado, aludía a las «vicisitudes del descastamiento», a las dificultades trágicas que encontraban los intelectuales americanos para hacerse entender, su dolor de pertenecer a un país «lleno de sobresaltos y de sangre». Página dolorosa, pero sin rencor.

Nombrado ministro de México en París, Alfonso Reyes llegó a nuestra capital a fines de 1924. Valery Larbaud le saludó con unas magníficas páginas en la importante *Revue de l'Amérique latine*, presentación a la vez del hombre y del escritor al público parisino. Página de gran elegancia y deferencia.

A veces, iba a la legación mexicana, a recoger muy antiguos recuerdos y a saludar al nuevo ministro. Mas notemos que no participó en el brillante banquete ofrecido a Reyes por sus amigos, y admiradores americanos, españoles y franceses. Era Larbaud un hombre alérgico a todas las manifestaciones ruidosas y numerosas. Mucho más le gustaban las comidas íntimas, que reunían a pocos amigos en un buen restaurante, pero sin ceremonia.

La ocasión nació con la llegada a París de Díez-Canedo, acompañado por el embajador y poeta Enrique González Martínez. Después de los años de guerra, Díez-Canedo reanudaba la costumbre de pasar en París la Semana Santa, visitando museos, comprando libros, acudiendo a la Librería de Adrienne Monnier «la divine boutique», como la llamaba Larbaud. Larbaud recibió este billete que encontramos en Vichy, fechado del 8.4.25. Decía: «Mi querido amigo: No sé si está usted en París, y quisiera verle. Duermo en Bd St Michel 43 y estoy a mediodía en compañía de Alfonso Reyes, Bd Haussmann 144. Le agradecería que me pusiera dos letras diciéndome a qué hora puedo ir a verle, en el caso, afortunado para mí, de que esté en París. Muchos saludos. Enrique *Ibid.*, p.» A esto contesto Larbaud, convidando también a Reyes y a Jules Supervielle, el cual volvía de Uruguay y Argentina, a cenar en una de las mejores mesas parisinas. Foyot, en frente de la entrada del Senado, restaurante y hotel históricos, por donde pasaron Rilke y otros tantos escritores cuando venían a París, y cuya bodega era una de las más afamadas. Fue, según la expresión de Reyes, «una noche de charla encantadora», y probablemente un punto culminante de la amistad que estamos describiendo... quizá uno de los mejores momentos de la vida en Francia de Reyes, con las dificultades que le abrumaban para representar entre nosotros la política del gobierno de Calles. En los días siguientes, Reyes y Canedo anduvieron con Ángel Zárraga para admirar las decoraciones murales que éste había compuesto en la iglesia de Nuestra Sra de la Salette en Suresnes. A continuación, asistió don Alfonso a otras comidas no menos «íntimas», organizadas por Larbaud, con Jean Cassou, el traductor del *Plan oblicuo*, Miomandre y el gran amigo común, Jules Supervielle. Larbaud se reconcilió con Miguel de Unamuno. Díez-Canedo, atraído aun más a París por la presencia de Reyes, volvió a poco, esta vez con su esposa Teresa, para asistir al Congreso del Pen Club.

Había participado activamente, con Reyes en la fundación del PEN de Madrid en 1922, cuyo presidente era Azorín. Los Canedo se hospedaron en el hotelito que ocupaba Reyes en Passy, calle de Cortambert, desgraciadamente hoy desaparecido. A partir de este congreso, donde presidió una mesa, y conoció a varios escritores franceses, Reyes se sintió más a sus anchas a orillas del Sena.

Díez-Canedo volvió por la Semana Santa de 1926, y esta vez visitaron Bélgica admirando las maravillas de Bruselas, Brujas, Gante, hasta Amberes, viaje en que observaron las huellas que la lejana presencia española había podido dejar en la vida cotidiana belga: el trato cortés —¿más que en Francia?—, cierta familiaridad, las niñas saltando a la comba en las plazas históricas, como en Salamanca... Por su parte, Larbaud viajaba a Portugal, leyendo conferencias, apuntando las notas que le permitirían escribir su famosa y muy exacta, todavía hoy, «Carta de Lisboa», y eso en el momento mismo en que Díez-Canedo publicaba su *Pequeña Antología de poetas portugueses*, traducidos al español: ¿pura coincidencia, o más bien idénticos intereses comparatistas? Hubo después otro viaje de Canedo a París, Alfonsito Reyes veraneó aquel año en Guetary con la familia Canedo: Reyes, muy atareado en su legación no se movió de ella, Larbaud estaba viajando por Italia. Parece que Larbaud visitó a Reyes en el hotelito de la calle Cortambert, sin asistir nunca, a las cenas amistosas que Reyes gustaba de ofrecer a sus amigos, y en las cuales se mezclaban los mexicanos, escritores o artistas, que pasaban por París, algunos latinoamericanos, en general diplomáticos residiendo en la capital, y franceses como Adrienne Monnier, Marcell Aucclair, Cassou. Posiblemente la irregular situación familiar de Larbaud le impidió aceptar estas salidas. Sus mutuas relaciones sufrieron quizá de la política anticlerical callista que Reyes, a pesar suyo, representaba en París, donde era muy comentada. Reyes tampoco no pudo, o no quiso, aparecer en el banquete ofrecido a Larbaud para celebrar su «Légion d'Honneur».

En 1927, Reyes salió de París rápidamente, llamado a representar a su país en Buenos Aires, mientras que el potente Pani se reinstalaba en la legación de París. Sin poder saludar a Larbaud, ausente de la ciudad, le escribió una carta muy llena de melancolía, de una desolación pudorosamente contenida: «No puedo ocultarle que estoy triste». Mas, al final de la carta, expresaba más claramente, con su admiración por el escritor, su verdadera afección por el hombre, una frase que no hubiera escrito quizá una pluma francesa: «Su amigo que mucho lo admira y lo quiere de veras».

Por la distancia desde entonces establecida entre ellos, se multiplicaron las cartas. Cambiaban libros y noticias literarias de los mundos tan diferentes en que vivían, de los amigos comunes. Más que a otro, a Larbaud confió Reyes sus ilusiones, sus pasajeras ambiciones políticas: el Ministerio de Instrucción Pública en 1929; en 1930, desde Río, la esperanza de la Presidencia de la República... Ofreció a su amigo francés las primicias de su gran poema *Yerbas del Tarahumara*: comprendiendo el deseo tácito del poeta, Larbaud emprendió su

traducción, a duras penas y con poco resultado... Su epistolario es todavía numeroso en 1930, 1931, bastantes amigos les visitan recíprocamente, en París o en América del sur, manteniendo vivos los contactos entre los dos: Torres-Bodet, Morand, Supervielle... Luego se reducen los lazos, Reyes contesta menos a los escritos franceses, se siente un poco lejos de todo en aquellas lejanas tierras, y la revista *Monterrey*, es como un correo que sustituye a sus ojos las cartas de los amigos, como si fuera una carta circular. Varios ejemplares de la revista se conservan en el fondo de Vichy. El 5 de agosto de 1935, un accidente cerebral quita a Larbaud, brutalmente, el uso de la palabra, el movimiento y gran parte de sus facultades intelectuales. Poco a poco se irá recuperando, pero vivirá, por largos años una existencia muy reducida, rodeada de cariño por María Angela Nebbia. Reyes y Díez-Canedo respetarán su cansancio.

A España le había tocado, en los años 30, vivir horas graves. Díez-Canedo no había ocultado nunca su confianza en ideas progresistas, antaño muy interesado, como muchos, por los acontecimientos rusos, ahora deseando participar en la construcción de una España democrática. Con el advenimiento de la República, sacrifica su obra de creación para servir a su país en la diplomacia, primero en Montevideo, luego en Buenos Aires. En este mismo año, fue recibido solemnemente en la Academia española por el viejo amigo común Tomás Navarro Tomás. Abundantes fueron las horas de amistad que compartió allá con Reyes; con todos los amigos comunes que pasaban bajo la Cruz del Sur; con Federico García Lorca, en casa de Canedo... Europa sentía acercarse las nubes de una guerra terrible, y no por casualidad se organizaron en 1936 varios congresos en Buenos Aires, Pen Club, Instituto de Cooperación Internacional, prefiguración de la Unesco... Europa, amenazada, buscaba en América latina un posible refugio para su cultura. Reyes y Canedo participaron los dos activamente en estas reuniones, donde la armonía no reinó siempre entre europeos y americanos. No era cuestión que Larbaud, gravemente enfermo, asistiera a los congresos, pero muchos amigos suyos estaban aquí, Duhamel, Jules Romains, sobre todo: de cierto, el recuerdo del autor de *Fermina* y de *Barnabooth*, se cernía entre ellos, con sus ideas de concordia, europeísmo, cosmopolitismo documentado entre los pueblos.

Se sabe cómo Reyes volvió prontamente a México para acoger a sus amigos los intelectuales españoles, devolviendo así un poco de su bondad, cuando él llegaba apurado y solo a Madrid. No sólo acogiéndolos, sino intentando crear a su alrededor un marco, unas circunstancias favorables para la continuación de su obra. Algunos, José Moreno Villa, Díez-Canedo, entre otros, siguieron aquí, escribiendo. La muerte precoz de Díez-Canedo interrumpió su obra. Reyes, en realidad, no pudo aceptar esta desaparición. El recuerdo de sus conversaciones acudía, cuando se encontraba en sus angustias de siempre ante del problema de la muerte. Cuando escribía, tenía el cuidado de no caer en pedanterías, para no ver la frente severa y fruncida de su amigo... A cada paso, y no solamente en los

artículos necrológicos que le dedicó, se encuentra el recuerdo de su amigo, de su hermano.

Muchos años después, se dio cuenta de que Larbaud vivía todavía. No tenía ninguna noticia de él y lo creía muerto. Entonces se atrevió a escribirle, para proponerle la publicación de su mutuo epistolario. La posdata de su carta no dejaba de recordar la muerte del amigo común: «Nuestro pobre amigo Díez-Canedo, murió, aquí, en 1944». Larbaud dictó su carta a su esposa italiana. Se decía «conmovido de felicidad» por la carta de Reyes. Había cesado toda actividad literaria, había tenido que vender libros y papeles, pero naturalmente estaría muy contento de la publicación de estas cartas. En la posdata, expresaba su pena de la muerte de Díez-Canedo «el traductor de *Fermina Marquez*», obra particularmente cara a su recuerdo... Más allá de la estima por el escritor, él también hablaba entre los dos, de «affection».

Esta triple amistad nos va enseñando que fue un sentimiento duradero, dirigido primero al escritor, luego al hombre. Se pudo decir de Larbaud, quizá también de Díez-Canedo, y hasta cierto punto del mismo Reyes, que su presencia humana resultó todavía más importante que su misma obra. Con todos sus ideales generosos de paz y armonía entre los pueblos que compartieron absolutamente, fueron los verdaderos aristócratas del pensamiento de su tiempo. Díez-Canedo hablaba del «señorío» de Reyes. Nuestro maestro Marcel Bataillon, designaba a Larbaud y a Reyes como «príncipes de las letras»; su triple amistad fue excepcional, entre tres hombres excepcionales, por su obra, sus ideas, y por su corazón.